

orden, y como la pedía todo el ejército, los Rusos estaban perdidos y se conseguía un nuevo Austerlitz. Pero Napoleón, con una timidez impropia de su carácter, respondía: «Si hemos de librar una segunda batalla, ¿con qué tropas la daré?» Sin embargo, el único medio de no tener que luchar más contra el ejército de Kutusof era destruirlo. Murat y Ney estaban desesperados, y este último, con su fogosidad habitual, exclamó: «Ya que el Emperador se queda en la retaguardia, que no ejerce de general y quiere ejercer siempre de Emperador, que se vuelva á las Tullerías y nos deje ser generales en su lugar.»

Después de las tres y media de la tarde no se oyó más que una continua y espantosa detonación. «Ya que lo quieren, que se lo den,» dijo Napoleón. A las diez de la noche, Murat, que había estado combatiendo durante quince horas seguidas, quería cargar todavía; pero Napoleón se contentó con mandar ocupar por la guardia el campo de batalla, cubierto con los cadáveres y los heridos en número de unos 60.000 rusos y 30.000 franceses; sólo se hicieron 800 prisioneros. Alrededor del reducto había una capa de seis á ocho muertos, amontonados unos sobre otros. Los Franceses tuvieron cuarenta y nueve generales y treinta y siete coroneles muertos ó heridos y los Rusos otros tantos aproximadamente (1).

Napoleón podía, sin duda alguna, concentrar todavía cien mil hombres y Kutusof únicamente 50.000; pero á esta distancia, Napoleón no podía reponer sus pérdidas. Como ha dicho Tolstoi, «la fiera estaba herida de muerte.» El día 9 de Septiembre entró en Mojaisk, incendiada por las bombas rusas en el momento de evacuarla.

La batalla del Moscowa no se había perdido todavía por los Rusos cuando comenzó á despoblarse Moscou. Rostopchine, gobernador general de esta ciudad, trató de tranquilizar al pueblo por medio de sus proclamas, escritas en estilo bíblico y en prosa rimada. Un artífice

(1) Los generales franceses que murieron en esta batalla fueron: Monthrun, Juan Gabriel de Caulaincourt, Plauzonne, Huard, Marcion, Lanabere, Compere, Bessieres, Dumas, Canouville y Chastel. Entre los heridos se contaban Davout, Morand, Friant, Compans, Rapp, Belliard, Nansouty, Grouchy, Saint-Germain, Bruyere, Pajol, Dufrance, Bonamy, Teste, Guilleminot, Dessaix, Lahoussaye y Latour-Maubourg. Entre los generales rusos muertos ó gravemente heridos citaremos al ilustre Bagratión, los dos hermanos Touazkof (el tercero, también general, había caído prisionero en Valoutina) y el príncipe Carlos de Meklenburgo.

alemán construía, con permiso de Alejandro, un globo monstruoso destinado á aplastar á Napoleón bajo una lluvia de hierro y de fuego, pero fracasaron los ensayos. Rostopchine mandó preparar cohetes y materias combustibles para incendiar la ciudad en cuanto el pueblo y la nobleza la hubieron evacuado (1). Desde el día 3 de Septiembre empezó á salir el pueblo en masa por los caminos de Kasán, Wladi-



Explosión del Kremlin. (Copia de un dibujo de Martinet)

mir y Jaroslaw; después de la batalla de la Moscowa, Rostopchine mandó deportar á Kasán cuarenta franceses ó extranjeros, y trasladar á Wladimir los archivos y los tesoros de las iglesias y de los palacios;

(1) El emperador Alejandro fué quien dió esta orden, como lo demuestra M. Ernouf en su obra sobre Maret, duque de Bassano, alejándose de Moscou únicamente para evitar la reponsabilidad de un hecho semejante. Rostopchine dijo también por escrito que había sido extraño á este suceso, pero los testimonios franceses y rusos están de acuerdo en que, si tal vez él no concibió el primero la idea de esta determinación salvaje, él fué quien la apoyó y la puso en práctica. Se ha dicho que Atila, aconsejado por Maquiavelo, no lo hubiera hecho mejor, elogio que Rostopchine había aceptado gustoso, pero en cambio no habría quedado muy satisfecho de ver su nombre mezclado en la historia de la Commune con el de aquellos que se enorgullecían de *rostopchinar* á París.

Kutusof llegó el 13 de Septiembre á Fily, sobre una de las colinas que dominan Moscou, con 91.000 hombres. Alejandro decretó el llamamiento de la milicia (*opoltchenié*) en diez y seis provincias; se fabricaban mensualmente siete mil fusiles de nuevo modelo. Kutusof celebró un consejo de guerra para saber si se debía dar una batalla frente á Moscou. Barclay declaró que, «tratándose de Rusia y de Europa, Moscou era una ciudad como otra cualquiera.» Pero Benning-sen, Ermolow, Ostermann y otros querían volver á combatir. Kutusof escuchó todas las opiniones y luego dijo: «Veó que, respecto á este punto, mi pensamiento, bueno ó malo, debe ser completamente mío;» y mandó tocar retirada, yendo á colocarse en el camino de Riazán, á fin de cortar á los Franceses el paso á las provincias más fértiles. Ros-topchine, antes de salir de Moscou, mandó decapitar á Verechtchaghine, acusado de haber hecho circular proclamas de Napoleón; abrió las cárceles, repartió al pueblo los fusiles del arsenal y dió orden de incendiar los almacenes de aguardiente y barcas cargadas de alcohol, habiéndose cuidado anteriormente de ocultar las bombas y de apostar los presos en las casas y plazas para preparar el incendio.

El día 14 de Septiembre la vanguardia francesa llegó á la cima del monte de la Salud, desde donde se descubría la ciudad santa; sus 295 iglesias, con sus tejados, sus cúpulas, sus campanarios, rematados por flechas y globos de oro, sus techos de hierro bruñido y encarnado, y principalmente el Kremlin, que brillaba con el sol, deslumbraban los ojos. El ejército aceleró su marcha, y corriendo y alegre gritaba: «¡Moscou, Moscou!» del mismo modo que los Diez mil, al llegar al monte Teches, exclamaron: «¡El mar, el mar!» Napoleón no pudo contener una exclamación de alegría. «¡Vedla por fin, la ciudad famosa, ahí la tenéis!» y agregó: «¡Ya era tiempo!» Miloradowitz le mandó decir que incendiaría la ciudad si no se le concedía tiempo para evacuarla; se accedió á todo y los dos ejércitos se confundieron. Murat se adelantó y penetró en ella por los barrios extremos, rodeándole los cosacos, que al reconocerle le tributaban muestras de admiración. Murat les regaló los relojes de sus oficiales y uno de ellos llegó á llamarle su hetmán.

Napoleón se resistía á creer en la evacuación de Moscou y mandó á Daru para que se le presentasen los boyardos; pero por la noche

no tuvo ya ninguna clase de duda, contentándose con decir: «¡Ah!, los Rusos no saben el efecto que producirá entre ellos la toma de su capital.» El ejército invadió la ciudad al canto de *la Marsellesa* y en su confianza dejó escapar algunos miles de enemigos, que iban á reunirse con Kutusof; el Emperador entró de noche en Moscou, cuyo gobierno confió á Mortier, y envió al Czar proposiciones de paz por medio de un oficial ruso que encontró en un hospital.

Algunos franceses y un ruso denunciaron los preparativos de incendio, cuando de pronto, á las dos de la mañana, estalló el fuego en el barrio comercial. Al rayar el día Mortier se encargó del mando y Napoleón entró en el Kremlin; pero á media noche del 15 al 16, al aviso de un cohete, empezó á arder el edificio de la Bolsa y pronto se extendió sobre la ciudad una claridad extraordinaria: la parte oeste y norte de Moscou ardía, y los palacios, iluminados por reflejos sinietros, se hundían con estrépito; se hubiera podido creer que en el firmamento aparecía una aurora boreal (1).

Las llamas, impulsadas por el viento, llegaban hasta los tejados del Kremlin; tres veces seguidas las llamaradas, que convergían hacia la ciudadela, fueron rechazadas por el viento, que soplaba del Oeste, y llevadas otras tantas por el viento Norte. Napoleón corrió verdadero peligro, pues había en el Kremlin un gran depósito de pólvora y un inmenso parque de artillería. La guardia se puso sobre las armas y Napoleón se levantó á la luz del día y de las llamas, cuando ya quemaban los vidrios de las ventanas de su habitación, oyéndosele exclamar: «¡Qué espectáculo tan espantoso! ¡Lástima de palacios! ¡Qué resolución tan salvaje! ¡Qué hombres, son escitas!» «En vano soldados, apostados en los tejados, barrían los trozos encendidos que llovían sobre ellos; el incendio continuaba creciendo. Murat, el príncipe Eugenio y Berthier suplicaban al Emperador que saliese de allí, pero él se negaba. De pronto se oyó un grito terrible: «¡El Kremlin arde!» Entonces el Emperador se retiró por fin, con su guardia, por una poterna que daba sobre el Moscowa, viéndose obligado á pasar por una callejuela estrecha y tortuosa, entre el chisporroteo de las made-

(1) Así lo creyó en los primeros momentos Enrique Beyle, empleado en las oficinas de administración militar, que acompañó á Rusia al conde Daru.

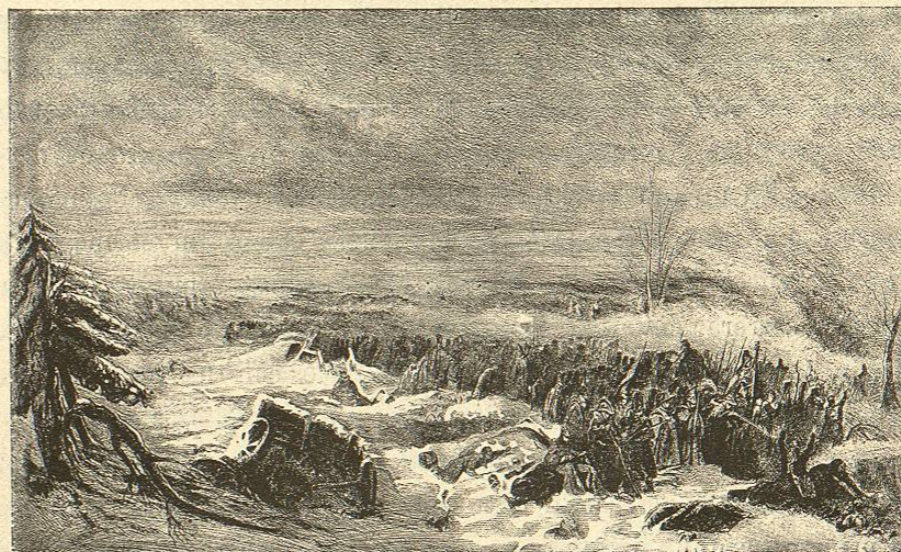
ras en combustión y el ruido que producían los techos al desplomarse, las vigas encendidas y las columnas de hierro enrojecido que se derrumbaban á su alrededor, caminando sobre un pavimento que ardía y bajo un cielo de sangre, cual si pasase entre dos murallas de fuego» (SEGUR). Para no perder un convoy de pólvora, fué preciso atravesar con él por en medio de las llamas, llegando por fin al castillo de Petrowski; al siguiente día, al ver Napoleón que el incendio continuaba con toda su violencia, exclamó: «¡Este incendio es presagio de grandes desgracias!»

Precisaba tomar una determinación: una vez extinguido el incendio, no quedaban en pie en Moscou más que las iglesias y una quinta parte de los edificios particulares. Berthier y Bessieres demostraron fácilmente á Napoleón la imposibilidad de marchar á San Petersburgo. En un principio tuvo la idea de retirarse á Lituania, apoderándose á su paso de Kalouga y Toula, granero y arsenal de Rusia, pero después determinó quedarse en Moscou. Una vez instalado de nuevo en el Kremlin (20 de Septiembre), esperó allí la respuesta del Czar, no pudiendo su orgullo resignarse á la idea de una retirada, á pesar de que con ella se hubiese podido evitar el desastre y hasta alcanzar alguna victoria; esta detención era mucho más funesta todavía que la de Vilna al principio de la campaña.

Sin embargo, la deseada respuesta no llegó, y Napoleón trató de disimular su intranquilidad publicando numerosos decretos y formulando grandes planes para el porvenir. Al regresar de una revista á su ejército, que conservaba todavía su aspecto marcial y severo continente, gracias á verdaderos prodigios de cuidado y de habilidad, firmó un decreto, que constaba de cien artículos, reglamentando el personal y la entrada del mismo en el teatro Francés. Este decreto, de puro lujo, precedía en el *Boletín de las leyes* á otro que aplicaba las leyes penales del reclutamiento militar á los padres que favorecían la desertión de sus hijos. Napoleón soñaba en ser nombrado rey de Polonia, restableciendo el principado de Smolensko, desmembrando la Rusia occidental, decretando la libertad de los siervos y sublevando á los Tártaros del Volga. Para ellos estudió los documentos relativos á la intentona de 1730, con objeto de ver si era posible atraerse á los nobles con la promesa de una constitución; pero carecía de medios

para ello. Tras una conferencia con sus generales, en la que unánimemente optaron por la retirada, dió á Lauristón una carta para Alejandro, en la que le decía: «Quiero la paz, la necesito; la quiero en absoluto; poned á salvo vuestro honor;» pero Kutusof no permitió el paso al emisario de Napoleón.

Sin embargo, los Rusos firmaron un armisticio con objeto de ganar tiempo, recibir refuerzos y adiestrar á los reclutas. Engañaron



Campana de Rusia. (Dibujo de Chariet)

á Murat, halagando su vanidad, y éste exageró la significación de las muestras de simpatía ó tal vez de admiración que los cosacos, seducidos por su impetuoso ardimiento y su marcial continente, le habían dado ya y continuaban dándole, imaginándose que, á quererlo, le sería sumamente fácil hacerse elegir rey por ellos. A pesar de todo esto, las guerrillas comenzaban á molestar casi con la misma energía y ferocidad que las de España, y si bien no contaban en este país con el auxilio de los desfiladeros y de las montañas, tenían, sin embargo, bosques inmensos, tierras pantanosas, y aun la misma llanura facilitaba á la caballería cosaca el hacerlo con resultado. Los campesinos atacaban á los merodeadores y á los forrajeadores, matándoles con sus horquillas de trillar, los ahorcaban, los ahogaban y hasta los enterraban vivos. Dorokhow, con 2.500 mougiqs y cosacos, se apoderó de